

Reproducción social y formación de clase. Comprendiendo las luchas de pobladores y pobladoras como una ruta hacia la proletarización (1940-1973)

Social reproduction and class formation. Understanding the struggles of *pobladores* and *pobladoras* as a route to proletarianization (1940-1973)

Valentina Álvarez-López*

Resumen: Con base a una exploración conceptual de parte de la historiografía social nacional sobre procesos de proletarización en Chile (siglo XIX y XX) y el movimiento de pobladores entre 1940 y 1973 en Santiago, este artículo propone una lectura sobre los procesos de formación de clase en el momento de la reproducción social. Articulando nociones de clase desde el marxismo feminista contemporáneo y aproximaciones y simbólico/morales, propone que el accionar pobladoras y pobladores hasta 1973, puede entenderse como una ruta a la proletarización.

Palabras clave: Reproducción social, proletarización, clase, género, moralidad, subjetividad,

Abstract: Based on a conceptual exploration of part of the national social historiography on proletarianization processes in Chile (19th and 20th centuries) and Santiago's *pobladores* movement between 1940 and 1973, this article proposes an interpretation of class formation in the moment of social reproduction. Linking class notions from contemporary feminist Marxism and symbolic / moral approaches, it proposes that the action of *pobladoras* and *pobladores* until 1973 can be understood as a route to proletarianization.

Keyword: Social reproduction, proletarianization, class, gender, morality, subjectivity

Recibido: 5 noviembre 2020 Aceptado: 23 enero 2021

La multidimensionalidad de la actual crisis en Chile nos invita a reflexionar sobre el carácter de clase de las luchas que tienen lugar en la reproducción social o “las actividades asociadas con la mantención y reproducción de la vida de las personas tanto diaria como generacionalmente”¹ y sus condiciones de

*Chilena, antropóloga, magíster y doctora en sociología. Sus temas de interés e investigación son trabajo, producción/reproducción social, género, clase y subjetividad. International Institute for Philosophy and Political Studies, IIPSS y Grupo de Estudios Feministas GEF. Este artículo corresponde a una parte modificada de su tesis doctoral titulada “(Re)producing a dignified life. An exploration of the production and negotiation of classed and gendered subjectivities through reproductive practices among pobladora women in Chile” (2018), financiada por la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo ANID, bajo su programa Becas Chile. Agradezco a Alondra Carrillo e Ignacio Ramos quienes revisaron este texto por sus muy pertinentes comentarios, así como a quienes lo hicieron de forma voluntaria y anónima.

¹ Susan Ferguson, Genevieve Le Baron, Angela Dimitrakaki, Sara Farris, “Introduction”, *Historical Materialism* 24:2, London, Junio 2016, 30.

realización. Por un lado, las crecientes dificultades cotidianas para reproducir la vida habían ido gestado irritaciones² que desencadenaron la revuelta chilena en 2019: los magros ingresos y altos niveles de endeudamiento, la falta o limitado acceso a salud, educación y vivienda, así como la persistencia de una segmentación por género del trabajo social productivo y reproductivo que sustenta la violencia contra las mujeres y la incrementa en tiempos de crisis económica. Por el otro, en el último año de revuelta y pandemia hemos presenciado la proliferación de respuestas colectivas y populares tales como comedores populares u ollas comunes en diversidad de barrios³, grupos de salud comunitarios⁴ o el giro de numerosas organizaciones sociales hacia la realización de otras actividades⁵ que han ayudado a reproducir la vida en estos momentos críticos. La coyuntura actual demuestra lo que feministas marxistas contemporáneas⁶ han venido enunciando en los últimos años: que la reproducción social - como el momento de consumo en el proceso de reproducción simple del capital⁷ - es también un sitio de luchas, disputando al momento de la producción su centralidad en la lucha de clases. Así, es posible plantearse la pregunta por la manera en que el momento de la reproducción social ha configurado procesos de formación de clases.

Este artículo es ofrecido como una propuesta de lectura sobre la reproducción social en tanto ámbito de formación de clase, pero lo hace mirando al pasado. Es una exploración conceptual y teórica de parte de la producción historiográfica de la historia social nacional relativa a procesos de proletarianización chilena desde mediados del siglo XIX hasta el segundo tercio del siglo XX, principalmente en el norte chico y ciudades de Chile central. En particular, pone atención a la experiencia de luchas por la vivienda libradas por pobladores y pobladoras en la ciudad de Santiago en el ciclo que va desde la década de los 1940 a 1973, ampliando las nociones de clase tradicionalmente utilizadas para comprender este sector. A lo largo de las décadas, el debate político y académico había encontrado dificultades para posicionar a pobladores y pobladoras en términos de clase como consecuencia de su heterogeneidad interna, del peso relativo dado a la dimensión cultural (elementos morales e ideológicos) o a la inserción estructural de estos grupos. Como indica Cofré⁸, si durante los 1950' los pobladores fueron categorizados como 'callamperos' proclives a la inmoralidad, durante la Unidad Popular, fueron considerados como un movimiento social de la clase obrera en la esfera del consumo⁹ y como tal, anclado en una contradicción secundaria. Se reconoció que el mundo poblacional estaba compuesto principalmente por

² Para una revisión de las causas estructurales de la revuelta de octubre, ver Kathya Araujo ed. *Hilos Tensados. Para Leer el Octubre chileno*. Santiago de Chile: Colección IDEA - Universidad de Santiago de Chile, 2019.

³ Ver, por ejemplo, mapa interactivo de ollas comunes: <https://www.verticechile.org/proyectos>

⁴ María Sol Anigstein, Soledad Burgos, Sebastian Medina Gay, Karen Pesse-Sorensen, Pamela Espinoza, Carolina Toledo. "Desafíos y aprendizajes para la promoción de la salud durante la pandemia de la COVID-19 en Chile. Un análisis de experiencias locales desde la salud colectiva". *Global Health Promotion* 0:0, 1-9.

⁵ Universidad de Chile, Universidad de Santiago, Universidad de Valparaíso, Universidad de Concepción y Universidad de la Frontera, *Consulta ciudadana Respuesta Comunitaria a la Pandemia COVID-19, Primeros Resultados*, julio 2020.

⁶ Ver, por ejemplo, Ferguson, et. al, op. cit.; Cinzia Arruza, Tithi Batthacharya, Nancy Fraser, *Feminism for the 99 percent. A manifesto*, London, New York, Verso Books.

⁷ Karl Marx, "Introducción. I. Producción, consumo, distribución, cambio (circulación)", *Elementos fundamentales para una Crítica de la Economía Política. Grundrisse (1857 - 1858)*, Siglo XXI Editores, México, [1971] 2007, 11-33.

⁸ Boris Cofré Schmeisser. "Los pobres de la ciudad: De callamperos a movimientos social. Santiago de Chile, 1952-1973", Francisco Baez, Cancino, Leonardo; Paredes, Juan Pablo (Eds), *Acción colectiva y movimientos sociales: disputas conceptuales y casos de estudio recientes*, Valparaíso, Editorial Punta Ángeles y Universidad Playa Ancha, Valparaíso: 2015.

⁹ Manuel Castells, "Movimientos de pobladores y lucha de clases en Chile", *Eure* 3:7, 1973: 9-35; Ernesto Pastrana y Mónica Threlfall, "Pan, techo y poder", Buenos Aires, SIAP-Planteos, 1974; Rodrigo Baño, *Lo social y lo político, un dilema clave del movimiento popular*, Santiago: FLACSO, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1985.

hogares encabezados por obreros de industrias tradicionales poco desarrolladas¹⁰ o “fracciones obreras integradas a industrias vegetativas supeditadas a los intereses de sectores monopólicos, y al sector de construcción”¹¹ o por mujeres trabajadoras en su mayoría en casa particular (y categorizadas como subproletarias)¹². Así, la posición en la estructura laboral - el tipo de inserción en la estructura productiva, el grado de estabilidad de los puestos de trabajo y el nivel de ingreso fueron determinantes en establecer la clase social predominante del mundo poblacional.

Mientras las clases fueron teóricamente conceptualizadas ‘en la lucha’, se generaba una discordancia entre categorizaciones de clase ancladas en la ocupación y las luchas concretas de pobladores y pobladoras en el momento de la reproducción social. Manuel Castell¹³ solucionó esta discrepancia acudiendo a Althusser, quien había liberado a la cultura/ideología de su unívoca determinación por la base económica, negando una correspondencia transparente en las formaciones de clase concretas¹⁴. Se referirá entonces a los procesos de formación de clase en virtud de la ideología predominante en los movimientos urbanos y la manera en que persiguen (o no) los intereses objetivos, ‘históricos’, aunque teóricamente definidos, de la clase trabajadora. Desde su perspectiva, la denominación de ciertos fenómenos como ‘urbanos’ esconde la organización burguesa de la producción y reproducción social (y, por ende, es ideológico). En consecuencia, estos movimientos serán reformistas si sólo se ocupan de la redistribución y gestión urbana. Por el contrario, se formará una clase revolucionaria en la medida en que logren articularse con otros grupos en lucha con el Estado hacia un proyecto socialista. Así, sus investigaciones empíricas incluyeron encuestas para caracterizar el perfil ideológico de los sectores populares urbanos, permitiéndole posicionar las experiencias concretas en su modelo teórico. En su ácida crítica a la propuesta Althusseriana¹⁵, Thompson afirma que el estructuralismo tiende a olvidar la historia, la historicidad y experiencia de los sujetos, el análisis empírico en pos de la teoría. De forma similar, la propuesta de Castell descrita deja de lado la complejidad histórica, las subjetividades y expectativas que, se verá, informaron las luchas en el momento de la reproducción social que resultaron en formaciones de clase más complejas y fronteras más difusas que la dicotomía reformista/revolucionario.

La noción de experiencia -categoría de análisis relevada por Thompson - no sólo ha sido fructífera en la historia social que aquí se repasa, sino que se demostrará útil para permitir mayor profundidad a la reflexión propuesta. En su célebre libro *The Making of the English Working Class*¹⁶, el autor observó la vida cotidiana de trabajadores y trabajadoras más allá de sus lugares de trabajo, abarcando experiencias que podríamos conceptualizar como parte de la reproducción social: cultos religiosos, actividades sociales y niveles de consumo. Argumentó que fueron las experiencias compartidas en el trabajo, en los barrios y en las organizaciones comunitarias lo que permitió la emergencia de una consciencia de clase -o la formación de una clase en sí- que motivó las luchas obreras. La experiencia es así conceptualizada como mediadora entre la posición estructural y la conciencia clase, relación determinante de la formación de

¹⁰ Pastrana y Threlfall, op. cit., sin paginación

¹¹ Manuel Castells, op. cit., 16-17.

¹² Pastrana y Threlfall, op. cit., sin paginación

¹³ Castell, La cuestión urbana, España, México, D.F, Siglo XXI editores, [1974]2014

¹⁴ Stuart Hall, “Introduction”, *Culture, Media, Language. Working papers in Cultural Studies, 1972-19*, Stuart Hall, Dorothy Hobson, Andrew Lowe y Paul Willis (Eds.) Centre for Contemporary Cultural Studies, University of Birmingham, London, New York [1980]2005, 1-35

¹⁵ Edward Palmer Thompson, *Miseria de la teoría*, Barcelona, Crítica, 1978.

¹⁶ Edward Palmer Thompson, *The Making of the English Working Class*, London, Penguin Books, [1963]2013.

una clase. No obstante, en la delimitación de su objeto de estudio, Thompson mantuvo la centralidad de la ocupación¹⁷, antecedente que le permitió definir a priori sus categorías de sujetos como proletarios, artesanos, pequeños agricultores, etc. Así se ha hecho también en investigaciones contemporáneas orientadas a comprender la vida cotidiana de la clase trabajadora más allá de sus lugares de trabajo¹⁸. Por contraste con esta literatura, en este artículo las condiciones de la reproducción social y la experiencia de lucha anclada en esta -la carencia de vivienda adecuada y el accionar político de pobladoras y pobladores -son conceptualizadas como un momento de la reproducción capitalista donde también han sido definidas categorías generizadas¹⁹ de sujetos y sujetas de clase y, como tal, un sitio para explorar formaciones de clase.

Mientras Thompson investigó la formación de clase en virtud de la emergencia de una conciencia de sí misma, en este artículo se hace explorando la manera en que la dimensión simbólico/moral constitutiva de las nociones de clase y género vigentes informaron o previnieron las luchas e identificación de pobladores y pobladoras. Esta dimensión simbólico/moral se revelará asociada a los procesos de regulación y organización de la reproducción social en momentos históricos concretos, en el afán de (re)producir una fuerza de trabajo con cualidades específicas, sujetos y sujetas adaptados a las formas de producción capitalista. Así, la reproducción social es concebida como un sitio de lucha porque el capital “paga indirectamente por dicha reproducción en la forma de salarios, beneficios e impuestos”²⁰. Pero también porque, como se intenta demostrar en este artículo, es en este momento del proceso de reproducción capitalista donde están depositadas las expectativas de vida de trabajadoras y trabajadores. Desde esta perspectiva la formación de clase es, a veces más, a veces menos, dependiente de los sistemas simbólicos hegemónicos de clase y se vincula de maneras diversas con la emergencia de una ‘conciencia de clase’ y su potencia revolucionaria.

Lo que sigue de este artículo está dividido en cuatro secciones. En la primera, se proponen ciertos lineamientos teóricos para pensar la reproducción social como un sitio formación de clase. Siguiendo principalmente el argumento de Lebowitz²¹ se relevan algunas claves del pensamiento de Marx que permiten pensar la reproducción social como productora de diferencias y presenta brevemente la propuesta de Bev Skeggs quien incorpora la dimensión simbólico/moral a la conceptualización de clase. Basado en el trabajo de historiadoras e historiadores sociales, la segunda sección ofrece una interpretación del proceso de modernización como empresa de transformación productiva y

¹⁷ William, H. Sewell Jr. “how classes are made”, Kaye Harvey J., *E. P. Thompson: Critical Perspectives*, Philadelphia, Temple University Press, 1990.

¹⁸ Si bien trabajos historiográficos recientes han abordado la experiencia de trabajadores y trabajadoras tanto en el mundo del trabajo como en los barrios donde habitan, la delimitación de los grupos estudiados tiende a ser definida en base a la relación laboral con alguna industria o explotación minera específica. Ver, por ejemplo, Sebastián Leiva Flores, *Vida y Trabajo de la clase obrera Chilena. Los trabajadores de la Textil Sumar y la Metalúrgica Madeco entre las décadas de 1940 y 1960*, Santiago, Lom, 2020; Milton Godoy, “Las casas de la empresa: paternalismo industrial y construcción de espacio urbano en Chile”, *Universum*, 30:1, Talca, 2015, 115-136.; Hernán Venegas Valdebenito y Diego Morales Barrientos “Un caso de paternalismo industrial en Tomé: Familia, espacio urbano y sociabilidad de los obreros textiles (1920-1940)”, *Historia*, 50:1, enero-junio 2017: 273-302. Una interesante excepción, donde la delimitación no son los trabajadores de ciertas industrias o yacimientos mineros, sino sujetos migrantes, es Paulo Fontes. *Um Nordeste em São Paulo. Trabalhadores migrantes em São Miguel Paulista (1956-1966)*, Editora FGV, Brasil, 2008.

¹⁹ Con generizadas me refiero a que, como se demostrará en este artículo, la categoría de clase está imbricada por nociones de género.

²⁰ Sue Ferguson y David McNally, “Social Reproduction Beyond Intersectionality: An Interview”, *Viewpoint Magazine*, 5: social reproduction, octubre de 2015, sin paginación.

²¹ Michael Lebowitz, *Beyond capital: Marx's political economy of the working class*, New York, Palgrave Macmillan, 2003.

reproductiva. En particular, se describe cómo la idea de hogar -con su explícito orden de género en el sistema de producción/reproducción - fue promovida desde el debate de la cuestión social (1880-1920) para disciplinar y modernizar a las clases populares y consolidada durante el periodo desarrollista con miras a mejorar la productividad, pero con una perspectiva estatal y secular. A partir del análisis de discursos, políticas públicas y acciones colectivas del movimiento de pobladores y pobladoras entre la década de 1940 y 1973, la tercera parte de este artículo describe cómo la vivienda adecuada se fue constituyendo como un valor de uso que marco diferentes posiciones estructurales de las clases populares y reflexiona sobre cómo el movimiento de pobladoras y pobladores fue construyendo, reafirmando y disputando las categorías de clase y género, reclamando y politizando ciertos niveles de consumo y formas de vida. Finalmente, se propone una comprensión de las luchas de pobladoras y pobladores para el periodo mencionado como una ‘ruta hacia la proletarización’, donde la vivienda adecuada permitió a pobladores y pobladoras sentirse valorados como parte de las clases trabajadoras.

Valor de uso y moralidad como claves para pensar la clase desde la reproducción social

La “mantención y reproducción de la vida, tanto diaria como generacionalmente”²², requiere el consumo de ciertos bienes que permitan la satisfacción de las necesidades, al menos, de aquellas imprescindibles. Bienes como alimentos, vestuario o cobijo que, en un sistema capitalista donde buena parte de la población carece de medios propios de producción, debe pagar por ellos con el dinero obtenido en forma de salario. Bhattacharya²³, afirma que la discusión respecto del estándar de necesidades y su satisfacción tendió a cerrarse con una cita en *El Capital*²⁴ sobre la determinación del ‘estándar de necesidades’, donde se trata como un dato conocido. La autora argumenta que es un error creer que Marx concibiera este estándar como un valor constante - hecho totalmente contradictorio con el materialismo histórico - sino que lo trata como dado en dicho párrafo en particular²⁵ para ofrecer al lector un argumento lógico y no histórico de la determinación del valor del trabajo. Por el contrario, desde la perspectiva de Marx, este estándar estaría determinado por cuestiones históricas y morales:

[...] *el volumen de las llamadas necesidades imprescindibles*, así como la índole de su satisfacción es un *producto histórico* y depende por tanto en gran parte del nivel cultural de un país, y esencialmente, entre otras cosas, también de las condiciones bajo las cuales se ha formado la clase de los[sic] trabajadores libres, y, por tanto, de sus hábitos y aspiraciones vitales. Por oposición a las demás mercancías, pues, la determinación del valor de la fuerza laboral encierra un elemento histórico y moral²⁶.

Si bien esta dimensión moral puede pensarse en relación con los debates sobre los límites morales de la propiedad y la acumulación desarrollados entre los siglos XVI y XVIII²⁷, también puede ser

²² Ferguson, *et al.* *ibid.*

²³ Tithi Bhattacharya, “How Not to Skip Class: Social Reproduction of Labor and the Global Working Class”, *Vienpoint Magazine*, 5: social reproduction, octubre de 2015

²⁴ Específicamente en el capítulo sobre la venta y compra de la fuerza de trabajo.

²⁵ Lebowitz dirá que esa dimensión del análisis correspondería a un libro sobre el trabajo asalariado que estaba en el plan original de *El Capital*, el cual no haría alcanzado a desarrollar.

²⁶ Karl Marx, *El Capital*, Tomo 1, Volumen 1 Libro primero, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 208.

²⁷ En particular, me refiero a los debates distintos autores clásicos europeos de la teoría política y económica moderna como John Locke, Bernard Mandeville o Adam Smith quienes debaten las límites y/o justificaciones morales del derecho de

interpretada en términos del proceso de reproducción social mismo. En efecto, como se indica en la cita precedente “las condiciones bajo las cuales se ha formado la clase de trabajadores” no sólo se relaciona con el desarrollo de las fuerzas productivas en un momento histórico concreto, sino también con ideas históricamente construidas sobre cómo la vida debiera ser, haciendo referencia a definiciones morales del ser persona.

Parte de la dimensión moral de los procesos de reproducción social se revela en los valores de uso con los cuales ésta se hace posible, toda vez que expresan en ellos la sociedad donde estos emergen. Los valores de uso satisfacen nuestras necesidades inherentemente sociales, sean estas “del estómago o la fantasía”²⁸. Qué percibimos como valor de uso, qué se consume es limitado tanto por condiciones materiales de existencia concreta pero también expresan aspiraciones sociales y hábitos de trabajadores y trabajadoras, sus diferencias internas y con otras clases sociales. Como indica Lebowitz²⁹, Marx criticó a los economistas políticos de su época por incurrir en una reducción de la reproducción de la fuerza de trabajo a un hecho biológico dado, olvidando su carácter social. Si bien en una primera instancia, nos recuerda Bolívar Echeverría³⁰, buscamos dar satisfacción a las necesidades que emergen desde nuestra constitución corporal-animal, la forma en que éstas son satisfechas están directamente permeadas por la sociedad y la cultura, y por tanto son expresivas de una “socialidad”. La carne de vacuno, porcino u ovino tendrá valores de uso distintos para la satisfacción del hambre, dependiendo si quien consume practica el cristianismo, el hinduismo, el islamismo o el veganismo. Los valores de uso, subrayará Echeverría, no son absolutos, intrínsecos a las cosas, sino que existen en la mirada del o la potencial consumidor/a.

Por el contrario, los valores de uso son relativos y se evalúan como adecuados o no en virtud del contexto y los significados asociados a ellos. El argumento de Lebowitz³¹ es aquí ilustrador: los valores de uso, enfatiza, se establecen por comparación con los bienes con que otras personas satisfacen sus necesidades. Una casa puede ser considerada grande o pequeña, de calidad adecuada o insalubre dependiendo del tamaño y calidad de las casas situadas alrededor. Como afirma, “aquí, nuevamente, no son las características intrínsecas que determinan si satisfacen una necesidad social: solamente se puede juzgar al interior de la sociedad”³². Seguido de lo cual ejemplifica con una cita del propio Marx: “Nuestros deseos y placeres emergen de la Sociedad, por ello los medimos desde la sociedad y no por los objetos que sirven a su satisfacción. Puesto que son de naturaleza social, son de naturaleza relativa”³³.

En estos deseos y expectativas en constante crecimiento en una sociedad capitalista se pueden encontrar las bases de las luchas de clase en la reproducción social: en la demanda de las clases trabajadoras por aumentar el rango de necesidades cubiertas. Como dirá Lebowitz, se trata de una lucha por la satisfacción de aquellas necesidades que permiten a las personas desarrollarse como seres humanos “socialmente desarrollados”, como la educación o el ocio, rechazando con ello la limitación

propiedad, el trabajo asalariado y los efectos del ‘vicio privado’ en el ordenamiento social. Para profundizar en estos debates, ver C.B. Macpherson, *The Political Theory of possessive individualism. Hobbes to Locke*”. Oxford, Oxford University Press, 1985.

²⁸ Marx, op.cit., 43.

²⁹ Lebowitz, op. cit.

³⁰ Bolívar Echeverría, “El Valor de Uso: Ontología y Semiótica”, en *Valor de Uso y Utopía*, México: Siglo XXI Editores, 1998.

³¹ Lebowitz, op. cit.

³² Ibid, 37, traducción propia.

³³ Idem.

de la reproducción social a la mera satisfacción de las necesidades fisiológicas. Si estas luchas son exitosas, las necesidades ‘sociales’ van transformándose en ‘necesarias’; necesidades que, en un momento histórico concreto, son consideradas imprescindibles de ser satisfechas y centrales en la determinación del valor de la fuerza de trabajo³⁴. En otras palabras, estas necesidades ‘necesarias’ establecen un criterio para la definición de lo humano en una sociedad concreta: los bienes que una sociedad particular considera adecuados, deseables y/o que proveen alguna dignidad³⁵.

Como se argumenta en este artículo, qué necesidades son satisfechas y de qué manera lo son, producen y (re)producen diferencias entre las personas. Los valores de uso con que se satisfacen las necesidades que, así como el acceso (o la falta de), son igualmente expresivos de posiciones sociales que atraviesan los momentos de la producción y reproducción social y que, como tal, pueden ser leídos al nivel de la vida cotidiana. Lo común será que familias de la clase trabajadora tengan acceso a viviendas similares entre ellas y diferentes las familias de capitalistas. En este artículo se muestra cómo en Chile del siglo XX, la vivienda ‘adecuada’ fue un marcador a la vez material y simbólico que identificó a la clase proletaria de quienes fueron, a lo largo de las décadas, categorizados genéricamente como pobres, pero también marginales o informales respecto de la estructura productiva convencional.

La dimensión moral de la reproducción social también emerge desde su carácter de trabajo; trabajo de (re)producción de las personas, la mayoría de las veces, en condiciones que no son las esperadas. Este trabajo busca la (re)producción de un/a sujeto/a particular según ideas socialmente construidas sobre cómo la propia vida es y/o debería ser. Tomando como base la introducción de los *Grundrisse* - donde Marx intenta conectar teóricamente los momentos de producción, distribución y consumo en el capitalismo - Lebowitz³⁶ describe el trabajo de (re)producción como la producción de un sujeto, un trabajo que

[...] idealmente posiciona el objeto de la producción como una imagen interna, una necesidad, un impulso y un propósito (Marx, 1973: 91–2). Dicho gol preconcebido de producción (de sí misma) es lo que Marx describe como “la propia necesidad de desarrollo” de el o la trabajadora (Marx, 1977: 772). Este objetivo es determinado en la Sociedad - puesto que la categoría ‘hombre’[sic] no tiene necesidades - es una presuposición de este proceso de producción (Carver, 1975: 189)³⁷.

En otras palabras, este trabajo estaría orientado a la (re)producción de sujetos/as socialmente deseables y/o valorados, por tanto, moralmente prefigurados. Desde esta perspectiva, la reproducción social es un sitio de (re)producción de diferencias y, por tanto, de procesos de identificación/desidentificación respecto de categorías de sujetos/as. Esto sería especialmente válido respecto de las categorías que, como se muestra en este artículo, se constituyen a partir de su posicionamiento en la organización de la producción/reproducción social: clase, género y raza.

³⁴ Idem.

³⁵ Es en ese sentido que podemos comprender el tono despectivo de las descripciones de Engels respecto de las condiciones de trabajo y vida de los y las obreros irlandeses del siglo XIX a quienes se pagaba un salario aún menor que el que se pagaba a trabajadores británicos y con el que apenas y mal, podían costear la satisfacción de la alimentación. Este desprecio refleja la poca diferenciación que él percibe entre trabajadores/as y ‘bestias de trabajo’, conteniendo implícita una idea de humanidad que desborda los límites de lo biológico. Friedrich Engels, *“The conditions of the working class in England”*, London, Penguin, [1845]1985

³⁶ Este argumento es también seguido por Battacharya, op. cit.

³⁷ Lebowitz, op. cit. 69, traducción propia.

Es aquí donde las perspectivas llamadas ‘culturalistas’ de clase, entregan claves para pensar en la formación de clase desde la reproducción social, en especial el aporte de la socióloga británica Beverley Skeggs³⁸. La autora describe cómo en Inglaterra desde el siglo XVII, las categorías de clase y género se fueron construyendo en torno a ideas morales de formas similares a como, se verá, fueron construidas en Chile entre los siglos XIX y XX. Anclada en sus investigaciones en torno a mujeres de la clase trabajadora en Inglaterra, Skeggs afirma que la moralidad es una de las principales formas por las cuales la clase se vuelve inteligible, afirmando que “es en la atribución de moralidad que se hace la conexión con la ‘clase vivida’ y las posibilidades de identificación”³⁹. La dimensión moral en los procesos de identificación con categorías de clase -y género- no sólo se expresarían por el hecho de que, al nivel de las representaciones, las diferencias de clase también son leídas como diferencias morales –“fronteras morales”, dirá Lamont⁴⁰-, sino especialmente porque dichas categorías serían depositarias de atribuciones desiguales de valor moral que legitimarían la explotación capitalista. En palabras de Skeggs:

Al capital rara vez le importa de quién extrae valor, pero los Estados nacionales y las formas de gobernabilidad permiten que los valores morales sean atribuidos a diferentes clases a través de las posiciones binarias de ciudadanos buenos y malos, respetables, irrespetuosos, merecedores de la atención. Las clasificaciones nunca son términos neutrales, sino que emergen como resultado de intereses que pueden ser consolidados en explicaciones abstractas, no solo moldeadas por grupos de interés en las condiciones de su aparición, sino también su cita, su función performativa, y las luchas por la legitimación que tienen lugar a través de diferentes sitios de institucionalización, tales como el bienestar, la ley, la educación y los medios de comunicación⁴¹.

Atención a la desigual atribución de valor moral a distintas categorías de sujetos y sujetas abre el proceso de modernización capitalista y sus luchas a una observación de los procesos de formación de clase en el momento de la reproducción social, lo que se realiza en el próximo apartado.

El hogar: tecnología para la (re)producción de un sujetos/as modernos/as

La independencia y el proceso de modernización capitalista fueron paulatinamente destruyendo las bases agrarias que habían predominado durante la Colonia y transformando las necesidades de fuerza de trabajo. La aplicación de impuestos y créditos usureros⁴² así como la priorización y creciente mecanización de la producción a gran escala⁴³, fueron paulatinamente marginalizando a pequeños productores, cuyo excedente de fuerza laboral no pudo ser absorbido. Tanto peones como familias campesinas fueron expulsados: hombres y mujeres migraron para buscar su subsistencia en los pujantes nichos productivos como la minería en el norte chico, la industria y los servicios en las ciudades del

³⁸ Beverley Skeggs, *Becoming Respectable: formations of Class and Gender*, London, Sage, 1997.

³⁹ Beverley Skeggs, “Class, Culture and Morality: Legacies and Logics in the Space for Identification”, Margaret Wetherell, Chandra Talpade Mohanty (eds), *The sage handbook of identities*, Thousand Oaks, CA: SAGE publications, 2010, 342.

⁴⁰ Michèle Lamont, *Money, morals and manners: culture of the French and the American upper-middle class*, Chicago, University of Chicago Press, 1994.

⁴¹ Skeggs, op. cit. 340.

⁴² Gabriel Salazar, *Labradores, peones y proletarios: formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*, Santiago, Ediciones Sur, 1985.

⁴³ Marcello Carmagnani, *Estado y sociedad en América Latina, 1850-1930*, Barcelona, Editorial Crítica, 1984.

valle central que adquirirían creciente relevancia económica. Mientras los más calificados se posicionaron en industrias y puertos⁴⁴, la mayoría de los hombres trabajadores habrían conformado una mano de obra flotante que, al hacerse presente en la ciudad como una masa de cesantes, eran criminalizados como “ociosos, vagos y malentretenidos”⁴⁵. Habiendo migrado a Santiago junto a hijos e hijas, muchas de las mujeres se instalaron en los ranchos - espacios semirurales donde producían para la auto subsistencia, confeccionaban artesanías y/o proveían espacios de diversión popular-, otras ocuparon los ‘intersticios’ informales proveyendo servicios en la ciudad como lavanderas o vendedoras ambulantes⁴⁶, mientras una fracción se incorporaba a la naciente industria en condiciones semi-formales⁴⁷.

En este nuevo contexto, historiadores e historiadoras sociales afirman que la otrora mano de obra campesina, formada en otras temporalidades y relaciones productivas/reproductivas, no se acostumbraba fácilmente a las relaciones laborales de tipo capitalistas y se resistía a la proletarización. Consecuencia de un mercado laboral con predominancia de trabajo temporal en obras públicas o el agro⁴⁸ o una subjetividad errante⁴⁹ marcada por la “imprevisión y el desarraigo”⁵⁰, estos peones descampezinados vivían en una constante movilidad. Evitado por las mayorías debido a su dureza⁵¹, el trabajo en las minas del Norte Chico estaba marcado por la indisciplina: incumplimientos de la jornada de trabajo, absentismo generalizado (muchas veces por resaca), altos índices de desertión y escape con adelantos salariales eran formas típicas en las que los trabajadores resistían la proletarización⁵². María Angélica Illanes⁵³ ha mostrado cómo, en los albores de la modernización capitalista, se buscó la estabilidad y disciplinamiento de la fuerza de trabajo a partir del re-establecimiento del servilismo. Adscritos a una patronal, los trabajadores que cometieran robos o se fugaran eran condenados a azotes en la plaza pública, mientras que los campamentos mineros fueron paulatinamente impidiendo la entrada de mujeres, prohibiendo los juegos e imponiendo un régimen de temperancia. En respuesta a la represión, la violencia era parte de la cotidianidad, ya fuera inflamada por el consumo de alcohol y otros modos de socialización o bajo forma de revueltas espontáneas contra la autoridad que, indica Illanes, fueron las semillas de una consciencia de clase que se irá consolidando hacia las primeras décadas del siglo XX.

⁴⁴ Julio Pinto, Robinson Lira, y Azún Candina, *Historia contemporánea de Chile II. Actores Identidad y Movimiento*, vol. II, Serie Historia, Santiago: LOM Ediciones, 1999.

⁴⁵ Armando de Ramón, *Santiago de Chile (1541-1991): historia de una sociedad urbana*, Santiago de Chile Editorial Sudamericana, 2000, 107.

⁴⁶ Alejandra Brito, “Del Rancho al conventillo. Transformaciones en la identidad femenina Santiago de Chile 1850-1920”, Lorena Godoy, Elizabeth Hutchinson, Karin Roseblatt, M. Soledad Zárate (eds.), *Disciplina y desacato: construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX*, Santiago, SUR, 1995, 25–69.

⁴⁷ Elizabeth Hutchinson, “La defensa de las ‘hijas del pueblo’. Género y política obrera en Santiago a principios de siglo.”, Lorena Godoy et. al. (eds.), *Disciplina y desacato: construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX*, ed. Lorena Godoy (Santiago: SUR, 1995), 257-285.

⁴⁸ Alejandra Brito, *De mujer independiente a madre. De peón a padre proveedor. La construcción de identidades de género en la sociedad popular chilena. 1880-1930*, Concepción, Escaparaté, 2005.; Armando de Ramón, *Santiago de Chile: historia de una sociedad urbana (1541-1991)*, Santiago de Chile, Editorial Sudamericana, 2000.

⁴⁹ Salazar, op. cit.

⁵⁰ Pinto et. al. op. cit., 720.

⁵¹ De Ramón, op.cit., 111.

⁵² Pinto et. al. op. cit., 107-108; María Angélica Illanes, “Azote, salario y ley. Disciplinamiento de la mano de obra en la minería de Atacama (1817-1850)”, *Proposiciones*, 19, 108.

⁵³ María Angélica Illanes, “Azote, salario y ley. Disciplinamiento de la mano de obra en la minería de Atacama (1817-1850)”, *Proposiciones*, 19, 90-122; María Angélica Illanes, *Chile des-centrado: formación socio-cultural republicana y transición capitalista, 1810-1910*, Santiago, Lom Ediciones, 2003.

Si en el norte minero las ganancias empresariales eran amenazadas por los comportamientos improductivos de los trabajadores, en las ciudades del centro del país trabajadores y trabajadoras levantaban organizaciones donde se popularizaba el pensamiento socialista y anarquista⁵⁴. Habiendo heredado los ideales de la decimonónica “regeneración de pueblo”, que buscaba el progreso social a través de la mejora material, intelectual y moral⁵⁵, trabajadores industriales, portuarios y ferroviarios desarrollaron “formas modernas de organización laboral”⁵⁶ que contemplaban el mejoramiento de las condiciones de reproducción social: sindicatos, mutuales, filarmónicas o clubes sociales. Este proletariado organizado se movilizó en contra de la pauperización de la vida y levantó las huelgas de arrendamiento durante las primeras décadas del siglo XX⁵⁷.

Esta amenaza a la reproducción de modelo capitalista oligárquico se expresó en un debate llamado la “Cuestión Social” (1880-1920) que ahondó en las causas de la crisis de la reproducción social ideológica y material de la clase trabajadora de entonces. Por un lado, este debate fue una respuesta oficialista al movimiento obrero⁵⁸ cuya potencia desplegada durante la Primera Huelga General de 1890 amenazaba la legitimidad del orden social oligárquico. Por el otro, las paupérrimas condiciones de vida de las grandes mayorías -que redundaban en altas tasas de mortandad infantil⁵⁹- sumado a la migración de los trabajadores más allá de los confines nacionales⁶⁰, eran vistas por la elite como una amenaza para la reproducción suficiente de la fuerza de trabajo. Desde los sectores más progresistas, el debate se centró en las malas condiciones de vida producto de la acumulación de unos pocos⁶¹. Por su parte, y en un contexto donde las relaciones familiares del mundo popular se caracterizaban por la independencia de los cónyuges, la ausencia de padres y la pronta independencia de los hijos⁶², las elites explicaron las malas condiciones de vida desde la inmoralidad de las clases populares. Se centraron en la “ausencia de modelos” que impedían que se “sustentaran prácticas cotidianas moralizadoras y reproductoras de un cierto orden social”⁶³. Su respuesta fue entonces una reforma moral de carácter religioso que permitiera la conversión “de mujer independiente a madre” y de “peón a padre proveedor” -como Alejandra Brito titula su libro- proceso en que la noción de hogar tuvo un papel central.

Así, en los albores del siglo XX, la noción de hogar era sinónimo de estabilidad social⁶⁴. Esto, porque la constitución de un hogar fue promovida desde las elites como tecnología orientada al disciplinamiento

⁵⁴ Pinto et al., op. cit, 117

⁵⁵ Sergio Grez, *De la “regeneración del pueblo” a la huelga general: génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*, RIL Editores, 2007.

⁵⁶ De Shazo en Pinto et. al., op cit, 114; ver también, Sergio Grez Toso, “Transición en las formas de lucha: motines peonales y huelgas obreras en Chile (1891-1907)”, *Historia, Santiago*, 33, 2000.

⁵⁷ Edward Murphy, *For a Proper Home: Housing Rights in the Margins of Urban Chile, 1960-2010*, Pittsburgh, PA, University of Pittsburgh Press, 2015.

⁵⁸ Brito, De Mujer, 109.

⁵⁹ Hacia el 1900 morían más de los que nacían, María Angélica Illanes, “Entre madres. Maternalismo popular e hibridación cultural. Chile, 1900-1920”, *Nomadas serie monográfica* 1, 1999, 194.

⁶⁰ Orrego Luco, “La cuestión social en Chile”, *Anales de la Universidad de Chile*, 121-122, 1961, 43-55.

⁶¹ Ibid.

⁶² Ibid; Brito, Del Rancho.; Ver también, Gabriel Salazar, *ser niño huacho en la historia de Chile (siglo XIX)*, Santiago, Lom, 2006.

⁶³ Brito, De mujer. 109.

⁶⁴ “Una pequeña ciudad-jardín: la población de la Sociedad de Artesanos ‘La Unión’ y las políticas habitacionales en la periferia de Santiago de Chile (1919-1927)”, Boris Cofré (ed.), *Por barrios obreros y populares. Actores urbanos*, Concepción, Escapate, 2016.

de las clases populares, en la esperanza de habilitar formas ‘modernas’ de gobernabilidad, en palabras de Foucault⁶⁵, no coercitivas. A diferencia de las relaciones laborales serviles impuestas en las minas del Norte Chico de mediados del siglo XIX, esta forma de gobernabilidad enfatizaba la construcción de una subjetividad adecuada a la modernización capitalista, sin perjuicio de que el siglo XX se iniciara con una seguidilla de matanzas obreras. Como ha sido discutido en las últimas décadas⁶⁶, el hogar no se reduce al espacio doméstico -dígase, la vivienda- sino que refiere a un espacio donde una subjetividad particular, la individualidad, puede ser desplegada libremente, sintiéndose ‘en casa’. En el contexto europeo, la idea moderna de hogar fue desarrollándose desde el siglo XVIII alrededor de las nociones de confort, domesticidad, privacidad e intimidad⁶⁷. Estas dos últimas no aparecen del todo desarrolladas en el Chile de principios del siglo XX⁶⁸. Se argumentará que la identificación del hogar con las nociones de estabilidad social y disciplina se ancló en tres elementos: la familia moderno-industrial, con su rígido orden de género asociado a la producción/reproducción, la materialidad de la vivienda y la propiedad de la misma, articulando los intereses tanto de capitalistas como de trabajadoras y trabajadores.

El mencionado proceso identificado por Brito⁶⁹ como la transformación de mujeres y hombres populares en madres y padres respectivamente será, hacia principios del siglo XX, enérgicamente promovido a través de la visitación religiosa, punta de lanza de la reforma moral restauradora del orden oligárquico. Mediante éstas, las damas aristocráticas entregaron a sus congéneres del bajo pueblo sus conocimientos sobre puericultura, higiene y cuidado de enfermos y las instaron a abandonar el trabajo remunerado para dedicarse completamente a la maternidad⁷⁰ como destino divino. La transformación de la subjetividad femenina buscaba no sólo asegurar las condiciones mínimas de sobrevivencia de la descendencia, sino también establecer lazos entre las clases y reconstruir la nación amenazada por las demandas obreras⁷¹. Así, como en Inglaterra durante la revolución industrial, se esperaba que la reproducción de "una fuerza laboral razonable podría reproducirse con valores y actitudes apropiadas"⁷².

El hogar se revela como central en la reforma moral precisamente en la mencionada necesidad de convertir a ‘peones en padres proveedores’. Y es que la vida familiar así propuesta no era atractiva para la masculinidad popular de la época. Como señala Brito⁷³, hacia principios del siglo pasado los hombres de sectores populares valoraban más los ámbitos tradicionales de la socialización viril que la paternidad responsable. Así, la constitución de un hogar como una opción deseable será promovida tanto por los

⁶⁵ Michel Foucault, “The Mesh of Power”, trad. Asad Haider, *Viewpoint Magazine*, [1976] 2012,

⁶⁶ Ver, por ejemplo, Alison Blunt y Robyn M. Dowling, *Home*, Key ideas in geography, London, New York, Routledge, 2006.; Shelley Mallett, “Understanding Home: A Critical Review of the Literature”, *The Sociological Review* 52, 1, 2004, 62–89.; Kathy Mezei y Chiara Briganti, “Introduction”, Kathy Mezei y Chiara Briganti (eds.), *The domestic space reader*, Toronto, London, University of Toronto Press, 2012, 3–26.

⁶⁷ Witold Rybczynski, *Home: a short history of an idea*, London, Heinemann, 1988.

⁶⁸ Castillo, op. cit.

⁶⁹ Brito, De mujer.

⁷⁰ Maricela González, “Inside Home. La visita domiciliar de trabajadores sociales como estrategia de vinculación entre orden institucional y familia. Chile, 1925- 1940”, *Bollettino Storico, Archivistico e Consolare del Mediterraneo*, 2014, 37–49; María Soledad Zárate, “Proteger a las madres: origen de un debate público, 1870-1920”, *Nomadas Serie Monográfica* 1, 1999, 185–211 ; Illanes, op. cit.

⁷¹ Illanes, ibid.

⁷² Wilson, en Suzanne Mackenzie y Damaris Rose, “Industrial change, the domestic economy and home life”, James Anderson, Simon Duncan, Ray Hudson (eds.), *Redundant spaces in cities and regions?: studies in industrial decline and social change*, London, New York, Academic Press, 1983, 164, traducción propia.

⁷³ Brito, De mujer, 137-8

capitalistas y sus políticas paternalistas⁷⁴ como por la iglesia y los sindicatos, con la esperanza de alejarlos del bar y su indisciplina. Como en Inglaterra, la promoción de la vida hogareña, como un refugio de descanso y recreación sana para el hombre trabajador⁷⁵ serán centrales para alcanzar el objetivo de una proletarización disciplinada. Cabe mencionar que este goce masculino estaba asociado al trabajo de la emergente figura de la dueña de casa que pudiera convertir el espacio de doméstico en 'hogar'. En los campamentos mineros⁷⁶ como los de Lota y El Teniente - que ya no eran masculinos como en el siglo anterior, sino adaptados para la habitación de las familias de los trabajadores -, se restringió el trabajo asalariado femenino. Además, en los periódicos locales se incitó a las mujeres a mantenerse sexualmente deseables para complacer a sus maridos y se las capacitó en labores de higiene y cuidados, mientras que sus labores domésticas fueron reconocidas públicamente premiando a quienes tuvieran las casas más limpias y adornadas. Este tipo de concursos también estuvieron presentes en las industrias textiles de Tomé⁷⁷ donde las mujeres fueron también trabajadoras. Así, con matices, esta noción de hogar tendió a consolidar el orden de género de la familia moderno-industrial en los momentos producción y reproducción social.

Ciertas características físicas de las viviendas también se adosaron al hogar en cuanto tecnología modernizadora. Castillo⁷⁸ describe el complejo habitacional construido en 1926 por la Cooperativa de Artesanos La Unión gracias a un préstamo establecido en las leyes de 1925, como un modelo de vivienda adecuada. En este proyecto, las viviendas fueron construidas con materiales sólidos, con antejardines y patios traseros que permitían la jardinería y el cultivo de hortalizas. Como era común en proyectos de vivienda obrera, contaba con un mínimo de dos y un máximo de tres habitaciones, buscando por un lado separar cuerpos y espacios de niños/as y adultos/as y, por el otro, limitar la posibilidad de acoger allegados. En la época, los allegados eran considerados como un factor que promovía la inmoralidad al interior de las familias, y en campamentos mineros como El Teniente, se prohibían a las familias de los trabajadores alojarlos⁷⁹. Las mencionadas características materiales de las viviendas encarnaron las expectativas habitacionales tanto trabajadores y trabajadoras cualificados como de burocracias industriales y sus proyectos disciplinadores paternalistas⁸⁰. La vivienda adecuada fue considerada central para el desarrollo de un modo de vida moralmente adecuado. Se consolidaba así la familia nuclear que, gracias a la separación de adultos/as y niños/as en el espacio doméstico, inculcaba las nociones de privacidad e intimidad.

Si bien buena parte de trabajadores y trabajadoras formales y con buena conducta accedieron a viviendas pertenecientes a las compañías donde trabajaban⁸¹, la propiedad de la vivienda fue paulatinamente concebida en términos de su poder moralizante. Desde las elites se creía que el acceso a la propiedad privada por parte de las clases proletarias podría promover en estas un mayor apego a los valores capitalistas. Al inicio del siglo XX, así lo indicaba una tesis de leyes: "[n]o hay medio más eficaz

⁷⁴ Godoy, M., op. cit.; Venegas Valdebenito, H. y Morales Barrientos, D., op. cit.

⁷⁵ En Inglaterra se evidencia un proceso similar, ver Mackenzie y Rose, op. cit.

⁷⁶ Consuelo Figueroa, *Revelación del subsuelo: las mujeres en la sociedad minera del carbón 1900-1930*, Sociedad y cultura, Santiago de Chile: Ediciones de la Dirección de Bibliotecas y Museos, 2009.; Thomas Klubock, *Contested communities: class, gender, and politics in Chile's El Teniente copper mine, 1904-1951*, Durham, N.C., Duke University Press, 1998. LOTA - GODOY

⁷⁷ Venegas Valdebenito y Morales Barrientos, op. cit.

⁷⁸ Castillo, op. cit.

⁷⁹ Klubock, op. cit., 62

⁸⁰ Godoy, op. cit.; Venegas Valdebenito y Morales Barrientos, op. cit.

⁸¹ Figueroa, op. cit.; Godoy, op. cit.; Klubock, op. cit.; Venegas y Morales, op. cit.

para desarrollar en el pueblo el espíritu conservador, para hacerlo partidario y defensor del orden y la estabilidad social, que hacerlo propietario. Se ha probado que no hay trabajador más laborioso, más asiduo y ordenado que el propietario; nunca se le ha visto en desórdenes y revuelta”⁸². Y es que la adquisición de una vivienda requiere previsión y disciplina; primero para juntar los ahorros, luego para el pago de dividendos⁸³. Y si en el largo plazo se aspira a pagar un dividendo, se debe cuidar el trabajo. Más aún, valor de uso necesario para realización de la idea de hogar, la vivienda en propiedad está sujeta a su valorización o devaluación en el mercado, con potencial de devenir en valor de cambio, instalando en los propietarios una racionalidad capitalista en los trabajadores. Décadas más tarde durante el periodo desarrollista, la propiedad de la vivienda siguió siendo concebida como un criterio de gobernabilidad, tanto en Chile como a nivel internacional⁸⁴. Se pensaba que la propiedad promovería el desarrollo del espíritu del capitalismo en las subjetividades populares.

Habiendo emergido durante la Cuestión Social (1880-1920), la noción de hogar no perdió su centralidad en los procesos modernizadores desarrollistas de las décadas siguientes. A diferencia del modelo de acumulación oligárquico, en este periodo fue el Estado el que impulsó la industrialización, esperado que el desarrollo económico redundara en desarrollo social. Educación, vivienda, previsión social, salud, comenzaron a ser consideradas necesidades que, se esperaba pudieran ser satisfechas por una cada vez una mayor parte de la población previamente excluida⁸⁵. Como describe en profundidad la historiadora Karin Rosemblatt⁸⁶, el Frente Popular fomentó la formación de “hogares bien constituidos” cuyo significado principal fue la instalación de la familia moderno- industrial. Si en Inglaterra de finales del siglo XIX, la dueña de casa se consolidó como la posición deseable para las mujeres de las clases proletarias, con la transición desde la industria liviana a la pesada⁸⁷, en Chile lo hizo la modernidad desarrollista y sus políticas sociales - en particular, el salario familiar y la capacitación de las dueñas de casa por profesionales del Estado. Concebidas ahora como madres-dueñas de casa, la responsabilidad respecto la (re)producción de la familia fue entregada a las mujeres, buscando asegurar la adecuada, disciplinada reproducción de la fuerza de trabajo, generacional y diaria.

Al menos en su fase inicial, el modelo desarrollista profundizó las formaciones de clase y género establecidas en función de los momentos de producción y reproducción social de la primera fase modernizadora, cruzados por distinciones morales. Como indica Rosemblatt este modelo fue legitimado mediante

“un set de distinciones relacionadas de formas complejas: hombre/mujer, productivo/improductivo, patriota/ no patriota, progresista/retrogrado, culturizado/ignorante, disciplinado/revoltoso, europeo/indígena. Implícito en estas

⁸² Aragón, 1900, p. 75 cit. en Ana María Álvarez y Héctor Cavieres, “El Castillo: territorio, sociedad y subjetividades de la espera”, *EURE* 42, 125, enero de 2016, 156.

⁸³ Castillo, op. cit, 10; Murphy, op.cit., 53.

⁸⁴ Idem.

⁸⁵ Fernando Calderón y Elizabeth Jelin, *Clases y movimientos sociales en América Latina: perspectivas y realidades* Buenos Aires, Centro de Estudios de Estado y Sociedad, 1987; Enzo Faletto y Fernando Henrique Cardoso, *Dependencia y Desarrollo en América Latina. Ensayo de Interpretación Sociológica*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2003).

⁸⁶ Karin Rosemblatt, *Gendered Compromises. Political Cultures & the state in Chile, 1920-1950*. Chapel Hill, London, University of North Carolina Press, 2000.

⁸⁷ Silvia Federici, “The reproduction of Labour Power in the Global Economic and the Unfinished Feminist revolution”, *Revolution at Point Zero. Housework, Reproduction, and Feminist Struggle*, Brooklyn, N.Y, Autonomedia, 2012.

distinciones estaba la noción de la respetabilidad del hombre trabajador en el que todas las partes positivas coincidían”.⁸⁸

Las clases populares fueron igualmente permeadas por estas distinciones, dando nueva forma a sus expectativas de vida. Como se argumentará en la siguiente sección, en el segundo tercio del siglo XX la vivienda será levantada como una demanda popular transversal, conservando en su interior una definición moral de los sujetos históricamente implicados. En relación al caso aquí analizado, las luchas de los pobladores y pobladoras legitimarán a la vez que disputarán dichas distinciones, navegando entre ellas y debatiendo sus límites en la definición de la clase social.

La vivienda como marcador de clase y las luchas del movimiento de pobladores

Luego de más de dos décadas el desarrollismo en la región latinoamericana, el ímpetu industrializador se vio limitado en su promesa de integrar la población en su conjunto. Este modelo consolidó las burguesías nacionales y expandió las clases medias asociadas al Estado⁸⁹, engendró un nuevo proletariado e incrementó

[...] el sector popular urbano no obrero de la población. Además, el ritmo de formación de este último suele ser mayor que la capacidad de absorción de los nuevos empleos urbanos generados por la industrialización, y esto posibilitó la formación en América Latina de lo que dio en llamarse “sociedades urbanas de masa”, basadas en economías insuficientemente industrializadas.⁹⁰

En otras palabras, debido a la posición periférica y dependiente de las economías latinoamericanas respecto de las economías centrales, en la región, grandes masas de trabajadores y trabajadoras quedaron excluidos/as del empleo formal asalariado. Estos grupos no sólo quedaron excluidos de empleos categorizados como proletarios, sino también de las condiciones de reproducción social por consideradas adecuadas - necesidades necesarias - puesto que las políticas de previsión social estuvieron vinculadas al empleo formal. Sólo pudieron acceder a una “ciudadanía de segunda clase”⁹¹, siendo la vivienda un caso emblemático de esta relación entre condiciones de reproducción social y ciudadanía. Base material para la conformación de un hogar como símbolo de la modernidad moral, fue crecientemente parte de las expectativas de los sectores populares y medios⁹² y bandera de luchas para quienes no podían acceder a ella.

Así, el proceso de formación de las clases trabajadoras chilenas tendió a inscribirse en el espacio urbano. Luego del cierre de oficinas salitreras y el impulso desarrollista a la industrialización, el flujo migratorio sostenido desde el fin de la época colonial había comenzado a crecer de forma exponencial. El destino favorito de quienes migraron fue la ciudad de Santiago, cuya población se triplicó en tres

⁸⁸ Karin Roseblatt, op. cit., 55, traducción propia.

⁸⁹ Calderon y Jelin, op. cit.; Faletto y Cardoso, op. cit.

⁹⁰ Enzo Faletto, “La Dependencia y lo Nacional-Popular”, *Nueva Sociedad*, 40, febrero de 1979, 42.

⁹¹ Roseblatt, op.cit.

⁹² Boris Cofré Schmeisser. “Los vecinos de villas: el problema y la política habitacional de los sectores de ingresos medios. *Revista Tiempo Histórico* 11. Santiago de Chile, 1952-1964”, 2015, 121-139.

décadas: desde 696,231 en 1930 a 1,907,378 en 1960⁹³. Hasta la década del 1940, el crecimiento poblacional se había expresado en la densificación de los conventillos situados en el centro histórico de la capital, para luego desplazarse hacia zonas aledañas⁹⁴. Como en otras urbes latinoamericanas, la ciudad de Santiago se expandió en base a asentamientos informales comúnmente carentes de servicios básicos y/o urbanos. Categorizados como ‘marginalidad urbana’ por la Comisión Económica para América Latina de Naciones Unidas⁹⁵ (CEPAL), en Chile estos asentamientos fueron popularmente reconocidos como ‘callampas’, aludiendo a su repentina forma de aparición⁹⁶.

Pese a que el problema de la vivienda fue hacia la década del 1950 convertido en tema de preocupación nacional y política electoralista⁹⁷, las políticas de vivienda se mantuvieron vinculadas al empleo. En la década de 1940, la Caja de la Habitación y las cajas de previsión de los segmentos de la fuerza de trabajo mas organizados laboralmente, habían iniciado “acciones de orientación corporativista destinadas a cubrir las necesidades habitacionales de sus afiliados, contando con recursos provistos por el Estado”⁹⁸. Algo similar ocurrió con la Corporación de la Vivienda, CORVI, organismo implementado en 1952 para brindar una solución integral y centralizada al problema de la vivienda y cuyas políticas y programas tendieron “a favorecer a las clases medias y/o “ciudadanos adscritos a los frentes laborales más institucionalizados”⁹⁹, es decir, obreros y empleados y no a los sectores de menores ingresos y mayor precariedad laboral¹⁰⁰. Estos últimos se veían comúnmente forzados a resolver sus necesidades habitacionales por sus propios medios. Como consecuencia, ya en la década del 1950 una parte importante de los trabajadores con empleo estable, los obreros sindicalizados, y en especial los mineros, vivían en casas ‘legalmente establecidas’¹⁰¹. Así, durante la primera mitad del siglo XX, la vivienda sólida, unifamiliar, con servicios básicos y urbanos era un valor de uso que se constituía paulatinamente en un marcador de la diferencia de clase entre proletarios con ‘hogares bien constituidos’ y las ‘clases populares urbanas’ descritas más arriba.

Marca de diferentes posiciones a nivel de la estructura ocupacional, en la década de los 1950 la vivienda parecía representar una percibida diferencia moral entre ambos sectores de las clases populares. En sus tesis de grado, las asistentes sociales intentaron refutar el sentido común de la época que categorizaba a quienes habitaban asentamientos informales como criminales, vagabundos, “el desecho social, la parte improductiva de la sociedad”¹⁰². Las familias residentes en las ‘callampas’ fueron relegadas al polo negativo - improductivo, revoltoso, retrógrado - de las distinciones desarrollistas propuestas por

⁹³ Hurtado, 1996 cit. en Mario Garcés, *Tomando su sitio: el movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970*, Santiago, Lom Ediciones, 2002, 100.

⁹⁴ Vicente Espinoza, *Para una historia de los pobres de la ciudad*, Santiago, Ediciones Sur, 1988, 245.

⁹⁵ Oscar Cuéllar Saavedra, “Estrategias familiares de subsistencia: un caso de integración interdisciplinaria”, *Cahiers Psychologie Politique*, 23, julio de 2013; Alicia Gutiérrez, *Pobre como siempre... estrategias de reproducción social en la pobreza*, Córdoba, Ferreyra Editor, 2007.

⁹⁶ Para una discusión sobre el origen de la palabra callampero ver, Cofré Schmeisser, B, *Los pobres*.

⁹⁷ Teresa Valdés, “El movimiento de pobladores, 1973-1985”, en *Descentralización del Estado, movimiento social y gestión local*, Santiago, FLACSO Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1987, 268.

⁹⁸ Alfonso Raposo, “La vivienda social de la CORVI. Otro patrimonio”, *Revista INVI*, 14,37, 1999, sin paginación.

⁹⁹ Alfonso Raposo, *Espacio urbano e ideología. El paradigma de la Corporación de la vivienda en la arquitectura habitacional chilena. 1953-1976*, Santiago, Centro de estudios de la Vivienda, Universidad Central - LOM ediciones, 2001, 121. Para mayor detalle sobre este tipo de proyectos habitacionales ver Cofré Schmeisser, B, *Los vecinos*.

¹⁰⁰ MINVU, Departamento de Estudios, *Chile, Un siglo de políticas de Vivienda y Barrio*, Santiago, Ministerio de Vivienda y Urbanismo, 2004, 921.

¹⁰¹ Murphy, op. cit., 53.

¹⁰² Ramírez cit. en Garcés, op. cit., p. 52.

Rosemblatt y descritas más arriba, configurándose como la otredad del hombre trabajador. Esta forma de categorizar era socialmente hegemónica, utilizadas incluso entre las altas esferas de la sociedad: según describe Garcés¹⁰³, los debates parlamentarios de la época sobre la cuestión habitacional se afanaban en definir si era la inmoralidad propia de sus habitantes lo que los llevaba a habitar dichos asentamientos, o si eran las condiciones materiales en que desenvolvían lo que los hacía reproducir una moralidad desviada. Fusionando simbólicamente la materialidad de la vivienda con la noción de hogar gestada durante las primeras décadas del siglo, ésta permitía posicionar a familias en términos categorías de clase generizadas que, en la vida cotidiana, eran leídas en clave moral. Quienes no tenían vivienda, eran portadores de una (in)moralidad (re)productora de una subjetividad inadecuada al proyecto modernizador.

De ahí que el programa habitacional de la década del 1950, orientado a grupos de menores ingresos y mayor precariedad buscaran también servir de reforma moral. Como parte del Convenio Básico de Cooperación Técnica firmado por los gobiernos de Chile y los Estados Unidos en 1951, el Programa de Autoconstrucción y Ayuda Mutua traspasó recursos a cooperativas de vivienda tanto para el mejoramiento urbano como para la erradicación de campamentos. Como señala Hidalgo¹⁰⁴, estos programas no sólo se basaron en la inyección de recursos, sino que buscaron promover la integración, educación y organización comunitaria de sus beneficiarios/as, características percibidas desde el Estado como poco desarrolladas entre los pobres de la ciudad. Así, la promoción de ciertas disposiciones subjetivas y morales estaba era parte tanto en el proceso de selección postulantes como en la ejecución de los proyectos. A través de la exigencia de un ahorro mínimo se “incentivaba el espíritu de previsión y ahorro sistemático”¹⁰⁵ mientras que la obligación de colaborar con la autoconstrucción no sólo fue un mecanismo eficiente que ahorra en costos de mano de obra, sino que enseñaba a sus beneficiarios/as la valoración del esfuerzo propio y comunitario.

Rígidamente al nivel simbólico, en la vida cotidiana se hacía más complejo delimitar con claridad dichas fronteras morales asumidas a partir de las condiciones materiales para la reproducción social. Las trabajadoras sociales de la época daban cuenta de ello, quienes al conocer la realidad de primera mano insistieron en que “la naturaleza del callampero es la misma del obrero...”, destacando su espíritu de progreso e insistiendo que los criminales correspondían a una minoría¹⁰⁶. En los años 1950⁷, una vivienda en propiedad, materialmente adecuada -con servicios básicos de alcantarillado y electricidad, habitaciones separadas para infantes y adultos- era percibida como la condición de base para el establecimiento de un hogar adecuado y, por ello, una expectativa social compartida por las grandes mayorías, incluidos quienes no tenían acceso a esta. En efecto, como varios autores han afirmado¹⁰⁷, los habitantes de las callampas estaban generalmente organizados para el mejoramiento de sus condiciones de vida que, en distinta medida, les permitieron acceder a servicios básicos y/o solicitar viviendas sólidas y definitivas con las autoridades locales, generalmente en el marco de los programas de autoconstrucción mencionados. Contrario a la sabiduría de la época, estas expectativas dan cuenta de que las clases populares habían incorporado los valores modernos y las esperadas formas ‘modernas’ de habitar y (re)producirse.

¹⁰³ Ibid, 101-110.

¹⁰⁴ Jorge Hidalgo. *Vivienda Social en Chile y la construcción del espacio urbano en Santiago del siglo XX*. Santiago: Ediciones Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos DIBAM, 2005.

¹⁰⁵ Ibid, 247.

¹⁰⁶ Garcés, op. cit., 52. Ver también Cofré Schmeisser, Los pobres.

¹⁰⁷ Espinoza, op. cit, Garcés, op. cit., Murphy, op. cit.

Fueron esas expectativas las que, en efecto, llevaron a los ‘sin casa’ a movilizarse para demandar mejores condiciones de vida. Liderada por el Partido Comunista de Chile, la toma de la población La Victoria en 1957 suele describirse como un hito que marca un nuevo contexto de politización y movilización de las tomas de terreno¹⁰⁸. A diferencia de la callampa, cuyo emplazamiento se concretaba con la llegada individual de familias y/o tomas concertadas de pequeño tamaño, en La Victoria la toma fue emprendida por 1200 familias, en un terreno que les había sido prometido hace más de una década. El punto de inflexión fue el apoyo político de sindicatos, iglesias y otras organizaciones de la sociedad civil, que evitaron el desalojo al impedir que la toma fuera aislada y reprimida, brindando asimismo legitimidad a la toma de terreno como parte del repertorio de lucha de la organización popular¹⁰⁹. Según Castell, La Victoria desató un primer ciclo de expansión de tomas que duró hasta mediados de la década siguiente¹¹⁰ y forzó al Estado a generar políticas públicas más efectivas para este sector¹¹¹.

La emergencia y construcción de los pobladores como sujeto político desafió los sistemas simbólicos/morales de clase generizados ya consolidados. Durante las primeras décadas del desarrollismo, y en resonancia con el ímpetu productivista e industrial, los partidos obreros tendieron a priorizar la organización en el trabajo¹¹². Junto a los ímpetus de revolución¹¹³, parecían haber abandonado la perspectiva de organización y lucha que articulaba los momentos de la producción y la reproducción social que había caracterizado al movimiento obrero en sus orígenes. Por el contrario, Como indica Salman¹¹⁴ hasta inicios de la década de 1950, los partidos políticos de todas las tendencias, incluidos los partidos proletarios, se habían restado de organizar a este sector, identificándolo con el lumpen. Pese a las reservas de los pobladores respecto a los partidos políticos y viceversa, ya hacia el fin de la década tanto el Partido Comunista como el Socialista dispusieron, al menos parte de sus esfuerzos, a organizar a este grupo a la luz de su potencial opositor. La Unidad Popular, encontrará un movimiento de pobladoras y pobladores consolidado y políticamente diverso¹¹⁵, pero los pobladores fueron aun proclives a ser adscritos los valores negativos heredados que los denostaban.

Esta tensión entre denostación moral y subjetividad política ha generado entre los y las investigadores un tácito -o más bien, poco problematizado - desacuerdo respecto de la valoración de la categoría de poblador. Se indica que quienes lideraron la lucha por la vivienda fueron reticentes a ser reconocidos como pobladores - categoría promovida ‘desde arriba’ por el Centro para el Desarrollo Económico y Social, DESAL, - “porque en la cultura política dominante, esta categoría era vista en el sentido más

¹⁰⁸ Ver, por ejemplo, Alexis Cortés, “El movimiento de pobladores chilenos y la población La Victoria: ejemplaridad, movimientos sociales y el derecho a la ciudad”, *EURE* 40, 119, Santiago, enero de 2014, 239–60; Espinoza, op. cit.; Garcés, op. cit.

¹⁰⁹ Espinoza, op. cit., 269.

¹¹⁰ Castell, Movimientos.

¹¹¹ El Plan Habitacional de 1959 que incluyó un programa de erradicación de asentamientos informales es considerado una respuesta oficialista a la Toma de la Victoria, ver, por ejemplo, Mario Garcés, “Construyendo las poblaciones. El movimiento de pobladores durante la Unidad Popular”, Julio Pinto (ed.), *cuando hicimos historia: la experiencia de la Unidad Popular*, Santiago, LOM Ediciones, 2005.

¹¹² Pastrana y Threlfall, op. cit.

¹¹³ Julio Pinto, “Hacer la Revolución en Chile”, en *Cuando hicimos historia: la experiencia de la Unidad Popular*, ed. Julio Pinto, Santiago, LOM Ediciones, 2005,

¹¹⁴ Ton Salman, *The diffident movement: disintegration, ingenuity and resistance of the Chilean pobladores, 1973-1990* (Amsterdam: Thela Publishers, 1997).

¹¹⁵ Garcés, Construyendo.

negativo”¹¹⁶, asociada al significado plano de poblar¹¹⁷. A mediados de la década de los 1960, La DESAL había popularizado la teoría de la marginalidad, expandiendo el concepto de marginalidad urbana en la década anterior acuñado por la CEPAL a la descripción de una posición marginal a la estructura laboral y la cultura y moralidad moderna. Con la categoría Poblador, se nombró a quienes fueron identificados como marginales y asumía que quienes no podían proveerse los medios para tener una vivienda adecuada eran por lo general, migrantes recientes desde el campo: generaban sus ingresos a partir de la economía informal, no participaban de las instituciones de la sociedad organizada, y no tenían acceso al bienestar ni en la cultura de sociedad moderna. Esta subjetividad tradicional los hacía ‘pasivos’ en la solución de sus propios problemas¹¹⁸.

Por el contrario, en base a una extensa revisión de prensa de la primera mitad del siglo XX, Murphy otorga a la categoría de poblador/a una mayor antigüedad y la comprende de una forma más positiva; permitió a quienes no podían proveerse de viviendas adecuadas autoridad moral para legitimar sus demandas por propiedad habitacional. Dicha categoría habría comenzado a ser reutilizada en la década de 1930 por ocupantes ilegales de terrenos urbanos que reclamaron la propiedad de las tierras que ocupaban, sobre la base del ‘buen uso’ de las mismas. Como indica el autor:

La expresión todavía se refería, como lo había hecho desde la época colonial, a los habitantes que tenían residencia legal y merecían ser parte de la polis. [...] Como el término, los pobladores transmitían un sentido de pertenencia. Al vivir en casas propias, los pobladores presumiblemente trabajaban en la economía legal y tenían el tipo de familias adecuadas. Por ello, debieran disfrutar de todos los derechos y privilegios de ciudadanía¹¹⁹.

En otras palabras, la categoría señalada permitía reclamar para sí la actualización de la noción de hogar - como expresión de una subjetividad moderna-, en un contexto en que se presumía que la falta de vivienda lo impedía. Invirtiendo la relación entre las condiciones materiales y moralidad, la categoría poblador habría permitido reivindicar valores positivos que las representaciones hegemónicas de clase generizadas tendían a negarles, politizándolos.

Los desacuerdos respecto de dicha categoría son reveladores respecto de la emergencia de los pobladores como movimiento y sujeto político. Su aparición desestabilizó los sistemas simbólicos/morales de clase hegemónicos que se habían consolidado durante las primeras décadas del desarrollismo. Y es que las condiciones materiales que tuvieron que soportar durante los primeros años en los campamentos eran iguales o incluso peores que las callampas, por lo que fácilmente volvían a reinscribirse sobre ellos los estereotipos - lumpen, indisciplinados, pasivos, flojos, criminales - que habían recaído sobre los ‘callamperos’. De ahí la reticencia a la palabra ‘poblador’ que Salman describe; a partir de la inscripción de la clase en el espacio urbano y la representación de sus habitantes en términos simbólicos/morales, su accionar colectivo ‘moderno’ fue anulado. La reticencia parecía menos asociada a la categoría ‘poblador’ que a los atavismos esta traía consigo. Por el contrario, el accionar de pobladoras y pobladores fue permeado por una resistencia activa a los valores negativos asociados, ya

¹¹⁶ Salman, op. cit., 145, traducción propia; ver también, Espinoza, op. cit.

¹¹⁷ Cofré Schmeisser, Los pobres, 290.

¹¹⁸ Vekemans, op. cit. ver, también, Salman, op. cit.; Garcés, tomando su sitio; Boris Cofré, *Campamento Nueva la Habana: el MIR y el movimiento de pobladores 1970-1973*, Concepción, Ediciones Escapate, 2007.

¹¹⁹ Murphy, op. cit., 48.

desde las prácticas reproductivas cotidianas al nivel hogareño principalmente llevadas a cabo por las mujeres¹²⁰ como en sus acciones colectivas de demanda hacia el Estado, la sociedad civil y la organización comunitaria.

Sugiero que las luchas de pobladoras y pobladores pueden ser leídas como una ‘ruta a la proletarización’, puesto que estas les permitieron posicionarse del lado valorado, ‘proletario’ de las categorías simbólico/morales de clase generizadas vigentes. Lo hicieron a través de prácticas que, señalada por Murphy¹²¹, buscaron legitimar su demanda de vivienda en propiedad en una enunciada propiedad moral, reproduciendo con ello la doctrina liberal de la propiedad. Así pobladoras y pobladores se posicionaron en el lado respetable de la dicotomía sin necesariamente cuestionar su existencia. En su relación con el Estado y especialmente durante los periodos de negociación que seguían a las tomas, se esforzaron en cumplir con los requisitos formales y morales de acceso a soluciones habitacionales como el ahorro mínimo o la selección de familias ‘adecuadas’ para beneficiarse de los distintos programas¹²². En su relación con la sociedad civil, rechazaron la caridad que los veía como sujetos en necesidad de reforma y abrazaron la solidaridad activa hacia el mejoramiento de su situación: se sentían capaces de construir las poblaciones que el Estado había prometido, reconociéndose como ciudadanos, cuyo esfuerzo colectivo les permitiría mejores condiciones para vivir¹²³.

El posicionamiento como sujetos y sujetas valorados/as según las categorías de generizadas de clase vigentes, también tuvo lugar en la organización comunitaria y su “producción popular del espacio urbano”¹²⁴. La identificación de familias problemáticas para exigir que éstas se adaptaran o abandonaran las tomas, la insistencia de que mujeres mantuvieran limpias sus viviendas y que niños y niñas completaran sus estudios, reducir o prohibir la ingesta de alcohol¹²⁵, fueron prácticas comunes en tomas y campamentos. El levantamiento de una escuela comunitaria en La Victoria apuntaba en la misma dirección:

La construcción de la escuela simbolizaba varias cosas: por un lado, el manifiesto interés por mostrar ante el mundo que el estigma de ‘callamperos’, como sinónimo de incultura e ignorancia, era inaceptable para los pobladores de La Victoria. En la escuela se reflejaba el esfuerzo colectivo que se orientaba a la superación, a la formación y a la educación, valores propios de ‘gente trabajadora’. Asimismo, retrataba el sacrificio y entrega de los pobladores a una causa colectiva que iba más allá de la conquista de una casa. De ahí que quienes contribuían con más esfuerzo en la construcción eran celebrados y destacados públicamente¹²⁶.

¹²⁰ Valentina Álvarez-López, “Uncomfortable Stains: Cleaning Labour, Class Positioning and Moral Worth among Working-Class Chilean Women”, *The Sociological Review* 67, 4, julio de 2019, 847–65.

¹²¹ Murphy, op. cit.

¹²² Hidalgo, op. cit; Espinoza, op. cit.

¹²³ Espinoza, op. cit., 257.

¹²⁴ Ibid.

¹²⁵ Ibid., Murphy, op. cit.; Jorge Fiori, “Campamento Nueva La Habana: estudio de una experiencia de autoadministración de justicia”, *Revista EURE - Revista de Estudios Urbano Regionales* 3:7, 7 de abril de 1973.

¹²⁶ Alexis Cortés, “El movimiento de pobladores chilenos y la población La Victoria: ejemplaridad, movimientos sociales y el derecho a la ciudad”, *EURE- Revista de Estudios Urbano Regionales*, 40, 119, 2015, 245.

Así, mientras que la precariedad urbana hacía que la reproducción social de las familias dependiera en gran medida del colectivo y el trabajo de las mujeres de formas que tensionaron las ideas de género vigentes¹²⁷, fue común el interés de mantener el hogar como un espacio privado de reproducción de las familias. Un ejemplo de ello es que, durante el proceso de negociación de los terrenos en la toma de La Victoria, el levantamiento de ollas comunes fue evitada con el fin de promover la independencia de las familias¹²⁸. Esto, no obstante, no siempre fue el caso.

En la experiencia del campamento Nueva Habana liderado por el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR - hoy, población Nuevo Amanecer en La Florida-, se evidenciaron primeros pasos en imaginar y experimentar formas de reproducción social que tendieron a desdibujar los límites del hogar como esfera privada y el ordenamiento de género en la producción/reproducción. Se formaron milicias de salud encargadas de comprobar que las viviendas se limpiaran a diario, una junta de vigilancia desbarató cantinas clandestinas, castigó a ebrios recurrentes y expulsó a las familias que persistían en comportamientos que parecían inadecuados. No sin tensiones, incentivó a las mujeres a tomar parte de forma permanente en las organizaciones comunitarias y penalizó activamente la violencia doméstica, intromisiones rechazadas por algunas familias¹²⁹. En otras palabras, la organización colectiva se inmiscuyó en asuntos que, en contraste con la noción básica de familia popular, eran considerados privados. A diferencia de la disciplina promovida por la modernización capitalista, la disciplina impuesta al interior de la comunidad no sólo buscó hacer la vida más llevadera en condiciones precarias, sino también evitar la criminalidad y permitir la (re)producción del “Hombre Nuevo” revolucionario, dispuesto a luchar no sólo por una casa, sino por una transformación estructural.

A modo de conclusión.

El accionar de pobladores y pobladoras como una ruta a la proletarización

Este texto constituye un esfuerzo por pensar la clase desde la acción de pobladoras y pobladores, a partir de la reproducción social, momento que articula sus luchas. Ha conceptualizado la clase como una categoría densa que no es reductible a la mera posición en la estructura del trabajo, como tendió a serlo en el debate sociológico y político del segundo tercio del siglo XX, sino que incluye el acceso a ciertas condiciones de vida que, material y simbólicamente se le asocian, conteniendo en sí misma atribuciones de valor moral. Se buscó comprender la reproducción social como un momento de la reproducción del capital donde también tiene lugar la formación de clases; aquí la ‘formación’ no es aprehendida en primer lugar desde la conciencia, sino desde la exploración de procesos de identificación y desidentificación en clave moral de posiciones de clase asociadas a ciertos modos de reproducción social.

¹²⁷ La tensión se refiere principalmente al hecho de que, además de ‘dueñas de casa’ y en muchos casos trabajadoras, la participación de las mujeres fue fundamental tanto en las acciones de demanda hacia el Estado, como en la reproducción de la vida a nivel colectivo y familiar en las nacientes tomas de terreno. Para una descripción matizada, ver, Valentina Álvarez-López, “(Re)producing a dignified life. An exploration of the production and negotiation of classed and gendered subjectivities through reproductive practices among pobladora women in Chile” *Thesis submitted for the degree of Doctor of Philosophy, PhD, London, Goldsmiths, University of London. Sociology Department*, 2018.

¹²⁸ Espinoza, op. cit., 290.

¹²⁹ Christine Castelain, “Rapports entre transformation des pratiques sociales, des représentations idéologiques et intervention politique dans un mouvement urbain. Enquête sociologique sur le bidonville Nueva Habana -Chili 1970-73”, *3ème cycle, Paris, École Pratique des Hautes Études*, 1976; ver también, Álvarez-López, (Re)producing...; Cofré, Campamento.; Fiori, op. cit.

Para ello, fue trazado un recorrido por los procesos de proletarización y modernización capitalista principalmente en el Norte Chico y Chile central durante los siglos XIX y XX. Primero, se describió cómo la noción de hogar fue asentándose como una tecnología para la (re)producción de una clase proletaria moderna, dotada de una subjetividad coincidente con la forma de producción capitalista. La idea de hogar, materializada por la vivienda convencional - idealmente en propiedad-, y organizada en torno al orden de género de la familia ‘moderno industrial’, fue imaginada como la expresión de una forma moderna de vivir y trabajar. El hogar fue así promovido desde las elites modernizadoras como una tecnología para erradicar aquellas prácticas indisciplinadas que marcaron a los trabajadores del siglo XIX y que han sido señaladas por historiadoras e historiadores como resistencia a la proletarización. El hogar también se convirtió en una aspiración de los sectores populares cuya materialización se iniciaba con el acceso a una vivienda adecuada. En segundo lugar, se describió cómo la vivienda representó un valor de uso que, al nivel de lo simbólico, paulatinamente condensó la expresión material de una percibida diferencia estructural y moral entre las clases populares de entonces. Esto fue la consecuencia tanto de las mencionadas ideas que asociaron la idea de hogar a la subjetividad moderna como de una estructura laboral de una economía dependiente y un sistema de seguridad social asociado al empleo que resultó en un acceso desigual al valor de uso vivienda entre quienes tenían empleos estables en los sectores productivos más formalizados y quienes no. Si al nivel simbólico, al hogar le fue conferido el poder de disciplinar a las clases trabajadoras, no fue extraño entonces que quienes carecían de vivienda adecuada - como las condiciones materiales básicas en que la actualización de hogar pudiera ser posible- se los concibiera como indisciplinados, no-trabajadores, criminales. Según las condiciones reproducción social, se adscribieron prácticas, (in)moralidades y subjetividades, a partir de las cuales se asumía una posición específica al interior (o por fuera) de la estructura económica.

La noción de hogar y su materialización, la vivienda, no fueron sólo una imposición “desde arriba”, sino que se fue convirtiendo en parte de las “aspiraciones vitales” de las clases populares de la primera mitad del siglo XX, aspiración y expectativa que sirvió a la emergencia del movimiento de pobladores durante la segunda mitad del mismo. Los “sin casa” no sólo aspiraron a las condiciones de vida que la modernidad desarrollista prometía en su proyecto de inclusión, sino que, confrontados con una institucionalidad deficiente y un desarrollo capitalista limitado por su dependencia, se organizaron tanto para demandarlas como para proveérselas con su propio esfuerzo comunitario. Para legitimar su demanda hacia el Estado, se presentaron como familias respetables, con propiedad moral que los hacía dignos de propiedad habitacional y rechazaron las relaciones de caridad de la sociedad civil. En su organización comunitaria, intentaron producir colectivamente las condiciones más cercanas a las consideradas adecuadas para su reproducción social: viviendas sólidas con servicios sanitarios y habitaciones para niños/as y adultos, con escuelas, con atención médica, con cultura. Y en este intento, rechazaron los valores negativos que se les adscribían debido a las categorías simbólicas/morales de clase vigentes, a la vez que actualizaron los valores propios de la clase trabajadora.

Es en este sentido que se propone la emergencia de pobladoras y pobladores y sus luchas como una ruta hacia la proletarización para el período señalado. Proceso de proletarización no sólo por que materializó el acceso a las condiciones de reproducción social que la modernidad desarrollista alentaba, sino también porque demandó la valoración moral que las categorías simbólico/morales generizadas de clase por entonces hegemónicas habían restringido sólo a la fracción proletaria de las clases populares.

Cabe recordar, que si el desarrollismo operó con dicotomías en que los valores positivos coincidían en el trabajador industrial -trabajadores disciplinados, productivos, capaces de modernizar al país¹³⁰ - estas nociones seguían vigentes durante la Unidad Popular¹³¹. Tanto el hecho de que, en los inicios de la década de 1970, el mundo político como académico incluyeron al movimiento de pobladores como parte de las clases trabajadoras, como la consagración de la vivienda como un derecho - una necesidad 'necesaria'- durante la Unidad Popular, tienden a confirmar esta perspectiva.

Una aproximación a la formación de clase que pone al centro lo reproductivo y releva su dimensión moral, invita a comprender las luchas que 'hacen' a la clase más allá de los confines de la acción colectiva. Hace ya dos décadas, historiadores e historiadoras se embarcaron en un debate que, siguiendo al título de un afamado artículo de Sergio Grez¹³², puede resumirse en la pregunta "*Escribir la historia de los sectores populares. ¿Con o sin la política incluida?*". Mientras unos/as se abocaron a comprender este fenómeno enfocando sus investigaciones en la vida cotidiana y los procesos de subjetividad que 'hacían' la clase, otros/as buscaron comprender la acción colectiva y la relación con la institucionalidad en la que éstos se embarcaron. Una comprensión amplia de la clase como la aquí presentada permite tender algunos puentes para sortear dicha dicotomía: la lucha contenida en la negación y/o actualización de categorías morales, generizadas de clase no sólo ha informado las acciones colectivas como se ha mostrado en este artículo para el caso de pobladores y pobladoras, sino que se expresan en la vida cotidiana¹³³. Mientras que la dimensión moral 'hace' o 'forma' la clase al permitir (o no) la identificación, su potencial político requiere ser develado para cada caso.

Finalmente, esta perspectiva extiende una invitación a reflexionar respecto de qué significaría la 'clase para sí' desde la experiencia poblacional. En sus luchas por la vivienda como la condición de base para una reproducción social considerada digna, pobladores y pobladoras se resistieron a ser posicionados en categorías de clase desvaloradas, para incorporar en sí los valores de la clase trabajadora. Sin embargo, y como se ha mencionado, en este acto no necesariamente disputaron las categorías de clase hegemónicas y sus definiciones respecto de la organización de la reproducción social; las categorías a partir de las cuales los pobladores y pobladoras legitimaron sus derechos, fueron producidas en concordancia con los procesos modernizadores y su afán disciplinador de la mano de obra datables desde el siglo XIX.

Asimismo, no es casual que entre los sectores poblacionales más radicales se promoviera una transformación de la organización de la reproducción social y sus relaciones de género. Eso ocurrió en el campamento Nueva Habana, donde los intentos de erradicación del lumpen se relacionaron más bien con la búsqueda de una transformación subjetiva hacia el 'Hombre Nuevo' cuyo quehacer no se orientaba hacia el trabajo asalariado y la reproducción de la familia, sino a la (re)producción de la comunidad e incluso de una clase trabajadora revolucionaria. En ese ímpetu, este proceso coincide con la formación de una clase revolucionaria como la propuesta por Castell¹³⁴. No obstante, y a diferencia de dicha propuesta, acá no son los vínculos con otras fracciones de clase y formas de interpelación al

¹³⁰ Karin Roseblatt, op. cit., 55.

¹³¹ Sandra McGee Deutsch, "Women and Sociopolitical Change in Latin America", *The Hispanic American Historical Review* 71, mayo de 1991.

¹³² Sergio Grez, "Escribir la historia de los sectores populares. ¿Con o sin la política incluida? A propósito de dos miradas a la historia social (Chile, siglo XIX)", *Política - Revista de Ciencia política*, 44, 2005, 17-31.

¹³³ Ver, por ejemplo, Álvarez-López, *Uncomfortable*; Skeggs, *Becoming*.

¹³⁴ Castell, *La cuestión*.

Estado lo que está en juego en dicha formación¹³⁵, sino la forma en que la clase se piensa desde la reproducción social y, consecuentemente, también desde las relaciones de género. Si bien el ‘Hombre Nuevo’ es hombre, masculino, este modelo también interpeló a las mujeres y su transformación. Buscando el desarrollo de una conciencia revolucionaria, desde las dirigencias se las conminó a incorporarse masiva y permanentemente al trabajo comunitario, lo que a menudo generó conflictos al interior de las familias¹³⁶. Y aun cuando los sectores más radicales fallaron en su intento de desprivatizar los patios interiores de las futuras viviendas y hacerlos espacios comunitarios productivos, la reproducción social más allá del campamento se proyectó menos privatizada, con comedores y lavanderías populares que eventualmente permitirían a las mujeres liberar tiempo de trabajo doméstico que les y pudieran dedicarse a las tareas de la organización local. Desde Nueva Habana, la formación de la clase revolucionaria estuvo marcada por un intento de de-privatización del hogar y la reproducción social, transformando así las categorías vigentes de clase y género. Aunque esta experiencia da cuenta de una emergente conciencia de clase desde la reproducción social, las posibles consecuencias transformadoras de este movimiento, sin embargo, no pudieron ser observadas.

Referencias

- Álvarez, Ana María, y Héctor Cavieres. “El Castillo: territorio, sociedad y subjetividades de la espera”. *EURE* 42, 125, enero de 2016, 155–74.
- Álvarez-López, Valentina. “(Re)producing a dignified life. An exploration of the production and negotiation of classed and gendered subjectivities through reproductive practices among pobladora women in Chile”. *Thesis submitted for the degree of Doctor of Philosophy, PhD, Goldsmiths, University of London*. Sociology Department, 2018.
- . “Uncomfortable Stains: Cleaning Labour, Class Positioning and Moral Worth among Working-Class Chilean Women”. *The Sociological Review* 67, 4, 1 de julio de 2019, 847–65.
- Anigstein, María Sol. Soledad Burgos, Sebastián Medina Gay, Karen Pesse-Sorensen, Pamela Espinoza, Carolina Toledo. “Desafíos y aprendizajes para la promoción de la salud durante la pandemia de la COVID-19 en Chile. Un análisis de experiencias locales desde la salud colectiva”. *Global Health Promotion* 0 (0), 1-9.
- Araujo Kathya ed. *Hilos Tensados. Para Leer el Octubre chileno*. Santiago de Chile: Colección IDEA - Universidad de Santiago de Chile, 2019.
- Arruza Cinzia, Tithi Batthacharya, Nancy Fraser, *Feminism for the 99 percent. A manifesto*, London, New York, Verso Books.
- Blunt, Alison, y Robyn M. Dowling. *Home*. Key ideas in geography. London; New York: Routledge, 2006.
- Brito, Alejandra. *De mujer independiente a madre. De peón a padre proveedor. La construcción de identidades de género en la sociedad popular chilena. 1880-1930*. Concepción, Escaparte, 2005.
- . “Del Rancho al conventillo. Transformaciones en la identidad femenina Santiago de Chile 1850-1920”, Lorena Godoy, Elizabeth Hutchinson, Karin Roseblatt, M. Soledad Zárate (eds.), *Disciplina y desacato: construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX*, Santiago, SUR, 1995, 25–69.
- Calderón, Fernando, y Elizabeth Jelin. *Clases y movimientos sociales en América Latina: perspectivas y realidades*. Buenos Aires, Centro de Estudios de Estado y Sociedad, 1987.

¹³⁵ Esta perspectiva está ejemplificada en Vicente Espinoza, “Historia social de la acción colectiva urbana: Los pobladores de Santiago, 1957-1987”, *EURE*, N° 72, 1998, 71-84.

¹³⁶ Álvarez-López, (Re)producing, Castelain, Rapports.

- Carmagnani, Marcello. *Estado y sociedad en América Latina, 1850-1930*. Serie general 131. Barcelona, Editorial Crítica, 1984.
- Castelain, Christine. “Rapports entre transformation des pratiques sociales, des représentations idéologiques et intervention politique dans un mouvement urbain. (Enquete sociologique sur le bidonville Nueva Habana -Chili 1970-73)”. *3ème cycle, École Pratique des Hautes Études*, 1976.
- Castells, Manuel, “Movimientos de pobladores y lucha de clases en Chile”. *Eure* 3, 7, 1973, 9–35.
- _____. La cuestión urbana, España, México, D.F, Siglo XXI editores, [1974]2014
- Castillo, Simón. ““Una pequeña ciudad-jardín”: la población de la Sociedad de Artesanos ‘La Unión’ y las políticas habitacionales en la periferia de Santiago de Chile (1919-1927)”, Boris Cofré (ed) *Por barrios obreros y populares. Actores urbanos siglo XX*, Concepción, Ediciones Escapate, 2016.
- Cofré Schmeisser, Boris. “Los vecinos de villas : el problema y la política habitacional de los sectores de ingresos medios. *Revista Tiempo Histórico* 11. Santiago de Chile, 1952-1964”, 2015, 121-139.
- _____. “Los pobres de la ciudad: De callamperos a movimientos social. Santiago de Chile, 1952-1973”. Francisco Baez, Cancino, Leonardo; Paredes, Juan Pablo (Eds). *Acción colectiva y movimientos sociales: disputas conceptuales y casos de estudio recientes*. Valparaíso: Editorial Punta Ángeles y Universidad Playa Ancha, 2015.
- _____. *Campamento Nueva la Habana: el MIR y el movimiento de pobladores 1970-1973*. Concepción, Ediciones Escapate, 2007.
- Cortés, Alexis. “El movimiento de pobladores chilenos y la población La Victoria: ejemplaridad, movimientos sociales y el derecho a la ciudad”. *EURE Santiago*, 40, 119, enero de 2014, 239–60.
- de Ramón, Armando, *Santiago de Chile: historia de una sociedad urbana (1541-1991)*, Santiago de Chile, Editorial Sudamericana, 2000.
- Echeverría, Bolívar. “El Valor de Uso: Ontología y Semiótica”, *Valor de Uso y Utopía*, México, Siglo XXI Editores, 1998153–97.
- Engels Friedrich, “*The conditions of the working class in England*”, London, Penguin, [1845]1985
- Espinoza, Vicente. “Historia social de la acción colectiva urbana: Los pobladores de Santiago, 1957-1987”, *EURE*, N° 72, 1998, 71-84.
- _____. *Para una historia de los pobres de la ciudad*, Santiago, Ediciones Sur, 1988.
- Faletto, Enzo. “La Dependencia y lo Nacional-Popular”, *Nueva Sociedad*, 40, febrero de 1979, 40–49.
- Faletto, Enzo, y Fernando Henrique Cardoso. *Dependencia y Desarrollo en América Latina. Ensayo de Interpretación Sociológica*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2003.
- Federici, Silvia. “The reproduction of Labour Power in the Global Economic and the Unfinished Feminist revolution”, *Revolution at Point Zero. Housework, Reproduction, and Feminist Struggle*, Brooklyn, N.Y, Autonomedia, 2012.
- Ferguson, Susan, Genevieve LeBaron, Angela Dimitrakaki, y Sara Farris. “Introduction”, *Historical Materialism* 24, 2, junio de 2016, 25–37.
- Figueroa Caravagno, María Consuelo. *Revelación del subsolo: las mujeres en la sociedad minera del carbón 1900-1930*, Santiago de Chile, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas y Museos, 2009.
- Fiori, Jorge. “Campamento Nueva La Habana: estudio de una experiencia de autoadministración de justicia”. *Revista EURE - Revista de Estudios Urbano Regionales* 3: 7, 7 de abril de 1973.
- Fontes, Paulo. *Um Nordeste em São Paulo. Trabalhadores migrantes em São Miguel Paulista (1956-1966)*, Editora FGV, Brasil, 2008.

- Garcés, Mario. “Construyendo ‘Las Poblaciones’: El Movimiento de Pobladores durante la Unidad Popular”, Julio Pinto (ed.), *Cuando hicimos historia. La Experiencia de la Unidad Popular*, Santiago, LOM, 2005, 57–79.
- . *Tomando su sitio: el movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970*. Santiago, Lom Ediciones, 2002.
- Godoy, Milton. “Las casas de la empresa: paternalismo industrial y construcción de espacio urbano en Chile”. *Universum*, 30:1, Talca, 2015, 115-136
- González, Maricela. “Inside Home. La visita domiciliaria de trabajadores sociales como estrategia de vinculación entre orden institucional y familia. Chile, 1925- 1940”. *Bollettino Storico, Archivistico e Consolare del Mediterraneo ABSAC*, 4 julio de 2014: 37–49.
- Grez, Sergio. *De la “regeneración del pueblo” a la huelga general: génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*, Santiago, RIL Editores, 2007.
- Grez, Sergio “Escribir la historia de los sectores populares. ¿Con o sin la política incluida? A propósito de dos miradas a la historia social (Chile, siglo XIX)”, *Política- Revista de Ciencia política*, 44, 2005, 17-31.
- Grez, Sergio. “Transición en las formas de lucha: motines peonales y huelgas obreras en Chile (1891-1907)”. *Historia (Santiago)*, 33, 2000, 141–225.
- Gutierrez, Alicia. *Pobre como siempre... estrategias de reproducción social en la pobreza*. Córdoba, Ferreyra Editor, 2007.
- Hall Stuart, “Introduction”, *Culture, Media, Language. Working papers in Cultural Studies, 1972-19*, Stuart Hall, Dorothy Hobson, Andrew Lowe y Paul Willis (Eds.) Centre for Contemporary Cultural Studies, University of Birmingham, London, New York [1980]2005, 1-35.
- Hutchinson, Elizabeth. “La defensa de las ‘hijas del pueblo’. Género y política obrera en Santiago a principios de siglo”, Lorena Godoy, Elizabeth Hutchinson, Karin Roseblatt, M. Soledad Zárate (eds.), *Disciplina y desacato: construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX*, Santiago, SUR, 1995, 257-285
- Illanes, María Angélica. “Entre madres. Maternalismo popular e hibridación cultural. Chile, 1900-1920”, *Nomadías serie monográfica* 1, 1999, 185–211.
- Klubock, Thomas, *Contested communities: class, gender, and politics in Chile’s El Teniente copper mine, 1904-1951*, Durham, N.C., Duke University Press, 1998.
- Lamont, Michèle. *Money, morals and manners: culture of the French and the American upper-middle class*, Chicago, London, University of Chicago Press, 1994.
- Lebowitz, Michael. *Beyond capital: Marx’s political economy of the working class*, New York, Palgrave Macmillan, 2003.
- Leiva Flores, Sebastián. *Vida y Trabajo de la clase obrera Chilena. Los trabajadores de la Textil Sumar y la Metalúrgica Madeco entre las décadas de 1940 y 1960*, Santiago, Lom, 2020
- Luco, Augusto Orrego. “La cuestión social en Chile”, *Anales de la Universidad de Chile*, 0, 121–122, 1961, 43-55.
- Mackenzie, Suzanne, y Damaris Rose. “Industrial change, the domestic economy and home life”, James Anderson, Simon Duncan, Ray Hudson, *Redundant spaces in cities and regions?: studies in industrial decline and social change*, London, New York, Academic Press, 1983. 155–97.
- Mallett, Shelley. “Understanding Home: A Critical Review of the Literature”, *The Sociological Review*, 52, 1, 2004, 62–89.
- Marx, Karl. “Introducción. I. Producción, consumo, distribución, cambio (circulación)”, *Elementos fundamentales para una Crítica de la Economía Política. Grundrisse (1857 - 1858)*, Siglo XXI Editores, México, [1971] 2007, 11-33.

- _____. *El Capital*, Tomo 1, Volumen 1 Libro primero, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- McGee Deutsch, Sandra. “Women and Sociopolitical Change in Latin America”, *The Hispanic American Historical Review*, 71, 2, mayo de 1991, 259–306.
- Mezei, Kathy, y Chiara Briganti. “Introduction”, Kathy Mezei y Chiara Briganti, *The domestic space reader*, Toronto, London, University of Toronto Press, 2012, 3–26
- MINVU, Departamento de Estudios, *Chile, Un siglo de políticas de Vivienda y Barrio*. Camilo Arriagada (ed). Santiago, Ministerio de Vivienda y Urbanismo, MINVU, 2004.
- Murphy, Edward. *For a Proper Home: Housing Rights in the Margins of Urban Chile, 1960-2010*. Pittsburgh, PA, University of Pittsburgh Press, 2015.
- Pastrana, Ernesto, y Mónica Threlfall. *Pan, techo y poder*, Buenos Aires, Siap-Planteos, 1974.
- Pinto, Julio. “Hacer la Revolución en Chile”, Julio Pinto, *Cuando hicimos historia: la experiencia de la Unidad Popular*, Santiago, Lom Ediciones, 2005, 9–33.
- Pinto, Julio, Robinson Lira, y Azún Candina. *Historia contemporánea de Chile II. Actores Identidad y Movimiento. Vol. II*, Santiago, LOM Ediciones, 1999.
- Roseblatt, Karin. *Gendered compromises: political cultures & the state in Chile, 1920-1950*. Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 2000.
- Rybczynski, Witold. *Home: a short history of an idea*, London, Heinemann, 1988.
- Salazar, Gabriel. *Labradores, peones y proletarios: formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*, Santiago, Ediciones Sur, 1985.
- Salman, Ton. *The diffident movement: disintegration, ingenuity and resistance of the Chilean pobladores, 1973-1990*, Amsterdam, Thela Publishers, 1997.
- Thompson, Edward Palmer. *Miseria de la teoría*, Barcelona, Crítica, 1978
- _____. *The Making of the English Working Class*. Penguin Modern Classics. London, Penguin Books, [1963]2013.
- Universidad de Chile, Universidad de Santiago, Universidad de Valparaíso, Universidad de Concepción y Universidad de la Frontera, *Consulta ciudadana Respuesta Comunitaria a la Pandemia COVID-19, Primeros Resultados*, julio 2020.
- Valdés, Teresa. “El movimiento de pobladores, 1973-1985”. En *Descentralización del Estado, movimiento social y gestión local*, 263–319. Santiago: FLACSO Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1987.
- Vekemans, Rogers. *América Latina y desarrollo social*, Santiago de Chile, Centro Para el Desarrollo Económico y Social de América Latina, 1966.
- Venegas Valdebenito Hernán y Diego Morales Barrientos, “Un caso de paternalismo industrial en Tomé: Familia, espacio urbano y sociabilidad de los obreros textiles (1920-1940)”, *Historia*, 50:1, enero-junio 2017: 273-302
- Zárate, María Soledad. “Proteger a las madres: origen de un debate público, 1870-1920”. *Nomadías Serie Monográfica* 1, 1999, 185–211.

Fuentes electrónicas

- Bhattacharya, Tithi. “How Not To Skip Class: Social Reproduction of Labor and the Global Working Class”. *Viewpoint Magazine*, 5: Social Reproduction, octubre de 2015. Extraído de: <https://viewpointmag.com/2015/10/31/how-not-to-skip-class-social-reproduction-of-labor-and-the-global-working-class/>

- Cuéllar Saavedra, Oscar. “Estrategias familiares de subsistencia: un caso de integración interdisciplinaria”, *Cahiers Psychologie Politique*, 23, julio de 2013, extraído de: <http://lodel.irevues.inist.fr/cahierspsychologiepolitique/index.php?id=2522>
- Ferguson, Sue, y David McNally. “Social Reproduction Beyond Intersectionality: An Interview”. *Viewpoint Magazine*, 5: Social Reproduction, octubre de 2015. Extraído de: <https://viewpointmag.com/2015/10/31/social-reproduction-beyond-intersectionality-an-interview-with-sue-ferguson-and-david-mcnally/>
- Foucault, Michel. “The Mesh of Power”. Traducido por Asad Haider. *Viewpoint Magazine*, [1976] 2012. Extraído de: <https://viewpointmag.com/2012/09/12/the-mesh-of-power/>
- Vértice Urbano. *Mapa interactivo de ollas comunes*, mayo 2020: <https://www.verticechile.org/proyectos>